

la fortuna. No había salido nunca del arte sin más que para mendigar con un trabajo pasajero el pan cotidiano... Nunca un gesto para gustar al populacho, ni una sonrisa hacia los judíos detentadores y traficantes de los metales sagrados, ni un paso hacia las palmas, las coronas y las flores, sino más bien hacia las cañas y la esponja, y la hiel que el odio de los hombres derrama sobre los individuos que son la nobleza de la humanidad.» (Los Caballos de Diomedes, página 159). Qué nos importan, perdidas en una vida de tan hermosa y simple continuidad algunas contradicciones de palabras.

Repitamos una fórmula de Remy de Gourmont: «La verdadera filosofía consiste en no tenerla, y en vivir...» (Paseos Literarios, quinta serie, pág. 132). Y creamos al mismo tiempo—sin extrañarnos de una contradicción que, esta vez, está originada por la riqueza del ser y por la pobreza de las palabras—que estudiando casi exclusivamente su pensamiento, he ofrecido el homenaje que él hubiera preferido al menospreciador de la filosofía y al glorificador de la filosofía que afirma: «No hay literatura sin filosofía.» (Paseos Literario, cuarta serie, página 92).

Porque fué, a pesar del encegamiento de Gonzague Truc, una de las más densas plenitudes de su tiempo, porque no habló nun-

ca—por lo menos en su obra crítica,—para no decir nada, escribió en el más hermoso de los estilos, en aquel que no se fija, haciendo cuerpo con el pensamiento y conjunto con el pensador. «Hay muchas clases de estilo, todos excelentes, pero no hay ninguno que sobrepase al natural, es decir, al que está en perfecta concordancia no solamente con el temperamento del autor, sino también con el sujeto tratado.» (Paseos Literarios, quinta serie, pág. 107). Hasta cuando encierra torpemente la sabiduría, esta libertad libertadora, en las prisiones de la moral, esta servil esclavizante, pensemos que, por su práctica sabiduría y por su dulce rebeldía, merece amor y admiración. Incluso con alguna confusión, tiene el derecho de despreciar «el valor moral, el valor de sumisión a la costumbre». (Paseos Literarios, quinta serie, pág. 143). Su nietzscheísmo le ha conducido raramente a las banalidades de la obediencia o del mando. Casi siempre ha sabido que «el genio es la rebeldía, suprema expresión de la humanidad, como la humanidad es la suprema expresión del vertebrado». (Paseos Literarios, quinta serie, página 191).

HAN RYNER

Traducción *Elizalde*.

Un poco de historia ; Alrededor de Miguel Bakounine y Gaspar Sentión

En estos tiempos de incertidumbres mundiales, afirmemos nuestro espíritu, por una diversidad de su aplicación, para el presente y el porvenir, haciéndole mirar hacia atrás. Allí también tenemos un trabajo de emancipación a efectuar; debemos limpiar la historia oficial, rutinaria y viciada, y la leyenda. La leyenda hace obrar al hombre según las ideas que se le atribuyen; está, pues, por bonita que a veces sea, inevitablemente separada de la verdadera vida, y, por lo tanto, estéril y moribunda, si no muerta ya. Puede hipnotizar y fanatizar los espíritus, pero no puede vencerlos; es como la cuarta dimensión, de una alta esfera, extraña a la vida humana y social.

Esto sentado, nuestra historia libertaria debe constituir una excepción, ya que de no ser así

perdería su valor, tanto de enseñanza como de experiencia, dejaría de ser un ejemplo, un modelo, para nosotros, si quedara siempre sumida en las tinieblas de lo impreciso, de lo vago y en la aridez doctrinaria de la leyenda: ya que por florida que sea una leyenda, frecuentemente una obra de arte colectiva o individual, personifica una abstracción, una construcción intencionada o se desprende de la superstición, es decir, de la ignorancia neta, presupone lo que va a probar y no dice, por lo tanto, nada nuevo. Si abrimos un libro de la vida de un santo o de una santa, sabemos de antemano que, a través de todo lo que les pase, acabarán por ser santos. Busquemos, pues, la forma de reconstruir nuestra historia tal cual ha podido ser, de la manera más probable posible, según los testimonios disponi-